



VIVIR PARA ESCRIBIR

LOS INICIOS DE ANTONIO CILLERO

El padre de Antonio, Julián Cillero, pretendió abrir nuevos caminos al menor de sus hijos, alejarlo de la alfarería en la que ya trabajaba su hermano mayor y, alentado por las palabras de elogio que los maestros le hacían, decidió que América sería su nueva y mejor “escuela”. No se equivocó, pues en Buenos Aires el joven navarretano se pone en contacto con una sociedad cosmopolita que marcará para siempre su visión de la realidad. Lee y lee, se impregna de la cultura literaria y es consciente de lo mucho que le queda por aprender y cuánto oficio requiere su necesidad de formación. Sus primeras páginas, cuentos y poesía, nacieron al calor del ambiente porteño y la añoranza de su tierra riojana.

Tiempo después regresa a Navarrete y, tras el paréntesis de la Guerra Civil, nueva y terrible experiencia que nunca pudo borrar de su memoria, continúa formándose y dedicando todo su tiempo libre a constantes ejercicios de escritura.

Con veinticinco años ingresa en la Sociedad General de Autores. Para entonces ya había escrito varias obras teatrales: *Diana la cristiana*, *El señorito*, *Con ese hombre no me caso*, que lleven por provincias varias compañías (¡aquellos sí que era “hacer bolos”!).

En su pueblo natal crea el grupo teatral “Gonzalo de Berceo”, que representará algunas de sus obras dramáticas. *El Condestable*, tragedia neorromántica basada en la vida de don Álvaro de Luna, fue todo un acontecimiento en la entonces provincia de Logroño. Alfareros, agricultores, panaderos navarretanos encarnaron en el escenario a los personajes de la corte de Juan II. Experiencias imborrables para las ahora ancianas Pilar, Rosina... que nos hablan de ellas contagiándonos toda su ilusión. Y es en estos años cuando se crea el Instituto de Estudios Riojanos, del que será miembro fundador y al que estará vinculado toda su vida.

Se entrevista en Madrid con Jacinto Benavente con quien se escribía desde el año 45. El reconocido dramaturgo leía y enjuiciaba sus obras de iniciación.

Sus palabras: “Antonio, le pronostico triunfos en el teatro, pues tiene usted grandes condiciones de autor”, le dieron el impulso que necesitaba para dejar de lado definitivamente el barro que artísticamente manejaba y centrarse ya del todo en otro arte: el de la escritura.

Los años vividos en Argentina, sus experiencias allí, fueron un imán que lo atrajo una y otra vez. Por ello regresa a Buenos Aires en

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: Aurora Cillero Azofra

La vida de escritor de Antonio Cillero Ulecia (Navarrete 13 de junio de 1917) se inicia después de una circunstancia a la que fue ajeno durante su niñez y adolescencia. Hasta el momento en que ya en Barcelona, con quince años y vestido de hombrecito, se paseaba por el puerto con su padre, a punto de embarcar en el trasatlántico que lo llevaría a Buenos Aires, su vida en el pueblo había sido semejante a la de otros hijos de alfareros.



Antonio Cillero en su biblioteca (años setenta).

1949, ahora ya casado y con tres hijas. Su pasión por el teatro lo lleva a la creación del nuevo “Gonzalo de Berceo”, grupo amateur del Centro Riojano Español, en el barrio de San Telmo de la capital porteña. Estrena *El pan del año*, *El bobalicón*, *Usted manda mister...* y, por último, *Rucamará*. Sobre esta gran tragedia, representada en el mítico teatro Avenida, el crítico teatral del diario *Clarín* escribió:

“Rucamará, por el desarrollo de su acción, el colorido de los episodios, entre históricos y legendarios que la animan, las tensas situaciones culminantes en cada final de acto y el intenso lirismo del último, versificado en algunos pasajes, ofrece vasto campo a la inspiración teatral de un músico (...) es el perfecto cañamazo para bordar en él un buen libreto de ópera indo-española”.

Son años de importantes relaciones con el mundo teatral porteño. Tiene amistad con autores, actores, directores. En la ciudad del Plata, Alejandro Casona, Lola Membrives o Berta Singerman, compartieron con él ilusiones y estrenos. Pero ese espíritu inquieto lo lleva, junto a su familia, de aquí para allá y en 1965 regresa a España, en esta ocasión a Madrid. En marzo de ese mismo año José María de Cossío, firma su entrada en el Ateneo de Madrid, donde en 1967 estrena el monólogo *Confesión pública*. La editorial *Escélicer*, con elogioso prólogo de Laín Entralgo,

Sus primeras páginas, cuentos y poesía, nacieron al calor del ambiente porteño y la añoranza de su tierra riojana



edita la obra que desde entonces figura en su Colección y que ha servido como base para varias representaciones, especialmente en países de Sudamérica.

En esos mismos años la actriz Amelia Altabás representa su monólogo *La gran mascarada*. Muchos años después colaboré con mi padre en la adaptación de esta obra que ambos firmamos, cuya versión se representó en el Ateneo de Madrid y en varios escenarios madrileños a lo largo de 2013.

SU REGRESO A LA RIOJA

Vivir para escribir y nunca escribir para poder vivir, de ahí la necesidad de nuevos horizontes con nuevas posibilidades. Idas y venidas, esa fue su vida. De hecho deja su casa en Madrid, sus tertulias en el café Gijón, su relación con importantes amistades artísticas y literarias y vuelve a La Rioja, al pueblecito serrano de Tobía, cuna de los antepasados de Ángeles, su mujer. En estos años, los setenta, ocupan su tiempo la escritura narrativa, la poesía y la creación de libros de divulgación sobre la realidad cultural e histórica riojana. Así nacen *El cisne del Najerilla*, dedicado a la figura de Esteban Manuel de Villegas, *Una cuenca desconocida: el Najerilla* y *Prehistoria e historia de la villa de Navarrete*, entre otras. El poeta

En la ciudad del Plata, Alejandro Casona, Lola Membrives o Berta Singerman, compartieron con él ilusiones y estrenos



En Madrid, Antonio Cillero con Antonio Buero Vallejo.



(62) semblanza

riojano Luis Barrón Urién, le dedicó un hermoso soneto en el que recoge el amor de Antonio por sus raíces.

*“Artífice y maestro que con piqueta de oro
hendiendo palmo a palmo los surcos de la
Historia
como el divino Orfeo, con un narrar sonoro
hoy de tu pueblo sacas a relucir la gloria
(.....)
¡Cómo avivas las brasas de su fuego
sagrado!
¡Hoy por ti Navarrete su gloria ha
remozado
en las notas ardientes de tu épico cantar!”*

Dentro de su producción poética destacan: *Callado padecer*, *Mi sentir y mi canción*, *El llanto de las fuentes*. En 1972 queda finalista del premio *Alfaguara* con su novela *Vida y desventura de Tiago Hernández*, obra de tema y personajes riojanos que continuará con las escritas en 1980: *Pascasio y vinagre* y *Vinagre cabalga solo*.

Los quince años que van de 1980 a 1995, son de felicidad y gran fecundidad literaria. Cuánto disfrutaron de aquella paz tobiana, del encanto del pueblecito de cuento, de las largas charlas con el abuelo en los meses de vacaciones sus nietos: Rodrigo, el mayor, luego Vicen, más tarde Paula... hasta completar la lista de diez entre riojanos y madrileños.

—“¿Por qué te fuiste de Navarrete, abuelo?”

—“Porque había que salir, andar mucho mundo, conocer, aprender”.

Antonio olvida este presente, mira al límpido cielo serrano y recorre con la memoria todos los caminos que anduvo. Después de un largo suspiro, vuelve al atento auditorio formado por sus nietos.

—“Navarrete para nacer, el mundo para hacerse, Tobía para descansar en la vejez y

detrás de la valiosa puerta del cementerio de mi pueblo, un trocito de tierra para reposar después de morir.

—¡Abuelo, tú cumplirás cien años!”.

En su biblioteca, con ventanas orientadas al pequeño núcleo urbano de Tobía, su segunda patria chica, escuchando el murmullo del río que pasa junto a la casa, viendo volar a los buitres que anidan en lo alto de la Peña, escuchando las esquilas que desde los montes bajan al valle, siente que ha regresado a sus verdaderos orígenes.

La muerte de su mujer, en 1995, marca un paréntesis en su vida y obra. Ángeles, compañera en las alegrías y fatalidades había sido durante cincuenta años más que compañera, admiradora, apoyo y dique necesario para su carácter impulsivo. Desde su refugio tobiano, dedica horas y horas a su recuerdo, escribiendo sentidas poesías que se recogerán en *Mi canto general*, que aparece en las librerías de Logroño en 1996. Años después se edita *Mis encuentros con la Generación del 98*, patrocinada por la Universidad de la Rioja, obra que recoge los preciosos momentos que pasó con quienes vivieron en Buenos Aires el exilio político: Eduardo Zamacois, Julio Rey Pastor, María Lejárraga...

En 2005 los jóvenes de *Ediciones del cuatro de agosto*, en su Colección *Planeta Clandestino* le editan *Mi lanza y mi condena*. Ese pequeño libro de factura artesanal lo llenó de ilusión y esperanza. Veía en esa generación, la de sus nietos, a los nuevos riojanos: cultos, preparados, decididos.

La muerte de su mujer, en 1995, marca un paréntesis en su vida y obra

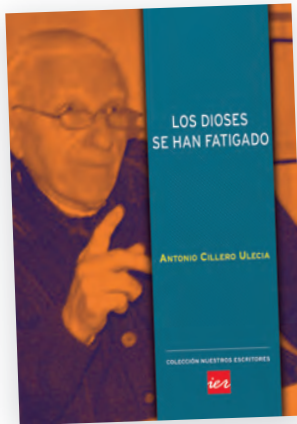


Biblioteca privada donde Antonio Cillero escribía.

El 11 de mayo de 2007, la Universidad de La Rioja, en un emotivo acto, entrega a sus hijas la Medalla al Mecenazgo ya que su padre, Antonio, donó a esta Institución un gran legado: cuadros de grandes firmas, piezas arqueológicas, colección de monedas y, de manera especial, toda su obra inédita.

EL FINAL DEL CAMINO

Una gran fecha en su vida y su obra debió ser 2007. En enero, con motivo de la representación de su obra *Los dioses se han fatigado*, con la colaboración de la Sociedad General de Autores, se organiza en el Ateneo de Madrid un acto de homenaje. Era el reconocimiento a toda una vida dedicada a la literatura. Estaba previsto que él, seguramente muy emocionado, a sus 89 años, lo sugiera desde el patio de butacas, en la primera fila, pero, desgraciadamente, este homenaje en vida se convirtió en homenaje póstumo. Diez días antes, ya en Madrid, contando las horas para ver a sus personajes sobre el escenario, el 16 de enero, falleció.



Cierran este largo repaso por su vida y su obra las Jornadas que en su honor el Instituto de Estudios Riojanos programó y llevó adelante entre los días 12 y 16 de junio de 2007. Nunca Antonio hubiera podido soñar que en su tierra se le dedicaran tantas horas y fueran tantos los amigos y estudiosos de su

obra los que recrearan su figura y pusieran tanto énfasis e interés en el análisis de su creación poética, narrativa y teatral. Las Jornadas se iniciaron con la presentación de *Los dioses se han fatigado*, que ya editado inauguró la *Colección Nuestros Escritores* una impecable edición realizada por Diego Marín A. y José Luis Pérez Pastor. La representación de esta obra cerró aquel sentido homenaje. Todo un archivo de recuerdos que sus hijas guardamos en su biblioteca de Tobía.

Hoy, en el año en que cumpliría los cien, lo hemos recordado y otra vez el IER, su casa logroñesa, en la castiza calle de Portales que tanto paseó, lo vuelve a tener presente y trae su vida y su obra a la memoria de todos los riojanos.